

## Antón García Abril. El aroma del silencio

FERNANDO J. CABAÑAS

\* Este texto servirá de prólogo al libro de Fernando J. Cabañas, *Antón García Abril. El aroma del silencio*, que publicará próximamente Bolamar Ediciones Musicales y que incluirá los siguientes apartados: I. Discurso en la Academia de San Carlos de Valencia, II. Catálogo de obras, III. Obras fuera de catálogo, IV. Relación cronológica de obras, V. Discografía V. 1. Obras propias, V. 2. Ediciones monográficas, V. 3. Obras de otros compositores, VI. Publicaciones, VII. Bibliografía. Con él *Sinfonía Virtual* pretende homenajear al compositor, fallecido el pasado 17 de marzo de 2021 con 87 años.

\* \* \*

*La inspiración existe, ¡qué duda cabe!  
pero el trabajo es la base de todo.  
No nos engañemos: la bohemia del artista es un mito.  
Es preciso trabajar, trabajar, trabajar...*



(Fotografía de Carlos Díaz de la Fuente)

Conocí a Antón García Abril en 1991. Cierto es que ambos llevábamos años compartiendo tareas docentes en el mismo centro, el entonces gigantesco Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, pero hasta entonces nunca habíamos intercambiado ni tan siquiera una palabra; nunca nuestras miradas se habían cruzado. Por otra parte, en mi etapa de estudiante en ese mismo conservatorio yo no cursé estudios de composición. Jamás, salvo a niveles propios de un simple aficionado, me he creído especialmente dotado a fin de acercarme a esa faceta de la música que requiere tanta responsabilidad, capacidad, inspiración y rigor. Y esa no vinculación directa mía con la creación musical

castró de raíz todas las posibilidades que pudieran ponerse a mi alcance para aprender directamente del gran maestro.

Recuerdo la primera vez que nos vimos las caras Antón y yo. Fue una de esas vivencias realmente impactantes difíciles de olvidar. Emilio Casares me había encargado escribir un libro sobre él con destino a ser publicado por el Instituto Complutense de Ciencias Musicales (ICCMU, a partir de ahora). Poseedor, García Abril, de esa memoria prodigiosa que siempre le acompañó, reconozco que cuando me dirigía a su casa por primera vez lo hacía con no poco temor. Me habían contado que, con cierto buen criterio, él solía recurrir a su prodigiosa capacidad memorística a fin de facilitar las tareas de información de quienes hasta él llegaban con la intención de escribir sobre alguna de sus obras o su vida. Internet no era entonces ni tan siquiera un sueño, por lo que esa fuente no era imaginable por nadie. Por otra parte, nunca nadie hasta ese momento se había centrado en la figura y creación de Antón para, como fruto de sus pesquisas investigadoras, escribir un libro de carácter monográfico al respecto.

Ya en su casa de Molino de la Hoz, fueron escasamente dos los minutos que necesité para, concretamente en su antiguo estudio, en conversación mantenida a tres bandas entre Áurea —¡siempre Áurea, incuestionablemente Áurea!—, él y yo, hacerle ver que un libro que podría ser leído 300 años más tarde y que tenía como objetivo servir de herramienta de trabajo para quienes a partir de ese momento se acercasen a su obra, no podía hacerse recurriendo fundamentalmente a su memoria, por muy portentosa que esta fuese. Sus reservas, normales por otra parte, fundamentalmente se desvanecieron ante mí cuando constaté que lo que íbamos a hacer, codo con codo —los suyos, los míos... los de Áurea— debía dar como fruto algo serio, profesional, definitivo hasta ese momento. Fue entonces cuando se levantó del sillón, se dirigió hacia la puerta del cuartito que a modo de archivo estaba a mi derecha, la abrió y me dijo: «Aquí está toda mi vida como compositor, como músico. Cuando quieras y como quieras puedes ir llevándotela».

Volver a mi casa, en aquellos tiempos y tras una primera conversación con él, con 4 cajas llenas de programas de mano, apuntes, notas personales y fotografías suyas de los años 50, 60... del siglo XX, al tiempo que tuteándolo, muy a mi pesar pero ante su insistencia, fue una de esas vivencias que jamás olvidaré. Desde entonces y durante mucho tiempo, siempre que nos veíamos, o nos despedíamos, él lo hacía con una sonrisa, con ese gesto tan único y singular de marcado carácter *garciabriliano* —que el lector se prepare para leer este adjetivo, en las próximas páginas, en innumerables ocasiones—, dándome una palmada en el hombro y diciendo «Hola, paisano» o «Hasta pronto, paisano». Y es que en mi primera conversación

con él le hice partícipe de mis raíces turolenses, concretamente con el pueblo de Guadalaviar, de donde es toda mi familia materna... y eso estrechó aún más nuestros lazos.



Fotografía del archivo personal de Antón García Abril

Años después él daría ese nombre —*Guadalaviar*— a una de sus más sentidas y emocionadas composiciones.<sup>1</sup> Incluso, muchos años más tarde me confesaría que siempre mantuvo con aquella localidad una especial relación emocional pues en ella, en *mi pueblo*, en plena juventud conoció fugazmente a una chica de allí, «que durante el invierno residía fuera», de la que quedó prendado en una de aquellas actuaciones que de joven le llevaron a trasladar su música, aquella que quedaba al margen de la *clásica, seria o culta*, por multitud de pueblos inmersos en plenas fiestas patronales. Por cierto que nunca recordó el nombre de la joven, siendo más fácil para él describir el color de sus ojos, el de su pelo y su semblante.

Como decía, nunca estudié con Antón. Sin embargo, durante los últimos treinta años ha sido para mí un incomparable maestro, una referencia de la que aprendí, no solamente a disfrutar de la música sino, más aún, cuales son los valores que deberían ser irrenunciables para todo ser humano, lo importante que es ser leal y fiel a uno mismo o la lucha interna que siempre triunfante suele experimentarse por parte de aquellos que tienen voz propia en un mundo plagado de modas, convencionalismos, hipocresía y buenismo. ¡Fueron tantas las lecciones que de él recibí y de las que me siento deudor por tanto como me enseñó! Una simple conversación con él ponía de manifiesto las enormes dosis de humanidad, respeto, sabiduría, inteligencia y madurez con que estaban sabiamente aderezadas cada una de sus palabras, de sus melódicas frases, de esos lúcidos pensamientos de los que siempre hizo gala a través de su vida.

---

<sup>1</sup> Se trata de *Guadalaviar*, 2010, para quinteto de viento, dos pianos, percusión y orquesta de cuerda.

Antón siempre rechazó la mentira, la deslealtad, el cinismo, la hipocresía. Sin embargo, siempre defendió, ya no solamente con palabras o en sus discursos, sino sobre todo con sus hechos y acciones, su aferramiento absoluto a la coherencia, a la fidelidad y, ante todo, a sí mismo. Nunca se engañó; jamás desertó de sí mismo salvo, estéticamente y por razones más vinculadas a la mera curiosidad formativa que a otra cosa, durante un afortunadamente breve espacio de tiempo. ¡Será cosa de aragoneses! No sé, pero si aquellos principios siempre han estado presentes en mi órbita vital, el trato con él me hizo constatar que, ya no solamente por convicción sino incluso por inteligencia, las actitudes y los principios contrarios o incluso antagónicos a los por uno mismo defendidos deben ser ignorados e incluso combatidos, si se presenta la ocasión. Y no por parte de cualquiera, que así debería ser, sino especialmente por aquellos que, como él, son especiales portadores de ellos, son grandes por naturaleza y tienen muchas posibilidades de que su obra sea, por siempre, patrimonio de la cordura, del buen gusto, de la cultura y por ende de esa parte de la humanidad que es sensata, sensible y ávida de estructurar de forma adecuada su mente y su espíritu.

Su tesón, sensatez, sensibilidad e inteligencia, unidos a otras muchas, singulares e irrechazables cualidades por él siempre vividas en primera persona, se aliaron para que su mensaje jamás estuviese alejado de su vida, para que su obra fuese honesta y leal con sus propios principios de vida, para que su honradez consigo mismo fuese garantía de decencia e integridad artísticas.

Antón creó como vivió, siendo su vida intensísima, envidiable, quedando reflejada fielmente en su obra. Con satisfacción siempre proclamó que uno de los principios que había seguido a la hora de componer fue el de escribir aquello que a él le habría gustado escuchar de haber sido un simple oyente. ¿Cabe mayor grandeza y visión de miras, máxime al haberse puesto constantemente de manifiesto la conexión que su obra ha tenido, desde siempre, ya no solo con el público sino incluso con los intérpretes y buena parte de colegas?

Trabajar, trabajar y trabajar... Esa creo que fue una de las primeras máximas que asocié con Antón García Abril; ese fue uno de los principales legados de vida que me han quedado de él. Si uno se cree poseído por una inigualable inspiración, si está dotado de unas indiscutibles capacidades, si se considera poseedor de unas cualidades singulares... pero no trabaja, mucho, bien y constantemente... todo se quedará en agua de borrajas y, muy probablemente, el pesimismo, la desidia, el desasosiego y la insensatez se apoderarán de él. Eso lo intuía muy bien Antón sin llegar nunca a sentirlo en primera persona pues lo más esencial de él, desde el principio de sus días, le llevó a recibir a la inspiración, la creatividad,

la singularidad o la excelencia sentado siempre ante el piano, con papel pautado en su atril, así como con multitud de lapiceros y gomas de borrar en su entorno. Y todo ello durante muchas horas al día. Así, algunos dirán, es fácil alcanzar la gloria. Pues Antón supo pasar de los dichos a los hechos. Es más, fue directamente a las acciones sacando a partir de ellas las convicciones vitales que siempre defendió, proclamó y acreditó.

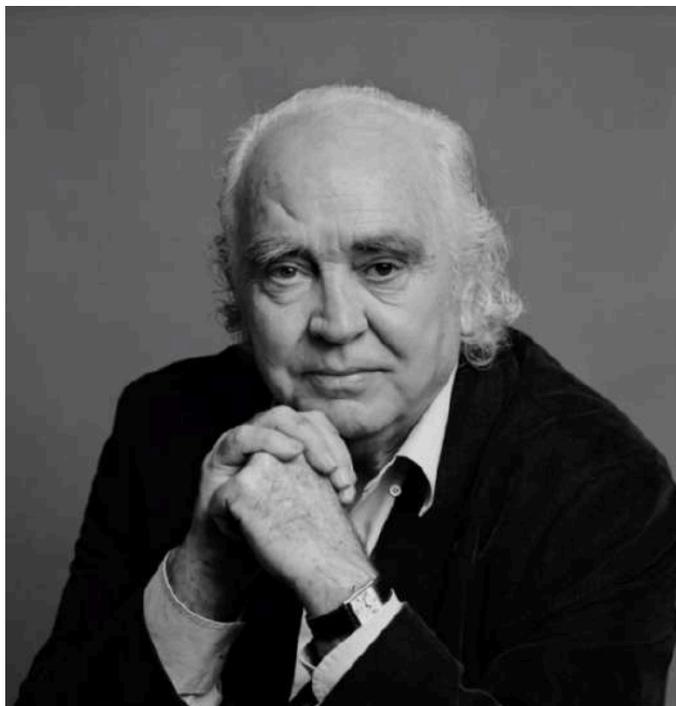
El éxito en la vida, que no puede ni debería verse materializado en una sensación que se aleje en exceso del de la felicidad plena y absoluta, se asienta, a mi parecer, en tres únicas, a la par que sólidas, patas o referencias. Estas son: conocerse a sí mismo, trazarse metas que a la vista de las propias cualidades sean alcanzables y, por último, hacer todo lo posible por conseguir ver hechos realidad los objetivos libremente establecidos. ¿Qué es lo lamentable? Que falle una de esas bases. Basta con que solamente una de las tres no esté bien ajustada para que la infelicidad, la frustración, el rencor o el fiasco, por no aludir también al ridículo, ocupen escenarios que debieron ser patrimonio exclusivo del júbilo y la dicha.

Cuando uno no se conoce bien a sí mismo, cuando se traza metas muy por encima de sus posibilidades o excesivamente fáciles de alcanzar sin requerir especial esfuerzo, así como cuando este último está alejado de los propios principios de vida, la desazón está asegurada. Por ello Antón García Abril, el maestro, fue tan feliz toda su vida. Y, lo que es egoístamente más gratificante para todos los que le quisimos, admiramos, pero también querrán y admirarán en el futuro,... es que su manera de entender la vida, reflejada en su obra, contribuyó a acrecentar nuestra propia felicidad.

Dos palabras, sensaciones o referencias están estrechamente vinculadas con García Abril: honestidad y lealtad... y ello dado que él las relacionó en todo momento con su tierra —Aragón, España—, con sus propios principios éticos e incluso estéticos, con su enorme capacidad como degustador de música, con su manera de entender la comunicación en sus más diversas vertientes, con el amplio espectro de inquietudes con que siempre se adornó, con su gente y, sobre todo y ante todo, consigo mismo. Nunca se traicionó a sí mismo, lo que no fue sino un especial regalo que hizo a las generaciones que le acompañaron y a aquellas futuras que encontrarán en su obra una parcela esencial de la sensibilidad artística.

Lo que en las páginas siguientes se presenta es, fundamentalmente, un recorrido por la vida y obra del maestro planteado de manera cronológica. Así, los momentos en los que compuso sus obras, al tiempo que las referencias a aquellos en los que se estrenaron, grabaron o editaron, dependiendo de cada caso, aparecen engarzados con situaciones o vivencias especialmente relevantes, a mi juicio, de su vida. Y estas fueron, desde los más destacados social o profesionalmente, aquellos que los medios de comunicación, diccionarios o

enciclopedias recogerán por siempre jamás, hasta esos otros más íntimos, más exclusivos de su entorno familiar o afectivo, ese que siempre marcó indefectiblemente el pulso de sus más profundas y sentidas vivencias.



(Fotografía de Javier Manzano)

Es en los anexos finales donde se recoge diversa documentación, regida por criterios complementarios al cronológico establecido en el cuerpo central del libro, tras hacerme eco de la sugerencia en varias ocasiones realizada por el llorado Antón en orden a que contemplase la posibilidad de editar, para público conocimiento, el discurso que dictó en el momento de tomar posesión, como Académico Correspondiente, en la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, el 29 de abril de 2008, momento de una trascendencia emocional para él de singular significado.

Al margen de la numerosísima documentación manejada y especialmente custodiada en archivos o bibliotecas, pero de manera singular en la Fundación Antón García Abril, una fuente de información de incalculable valor para mí ha sido la que durante tres décadas ha permitido que manasen multitud de reflexiones, postulados, emociones o sueños, no siendo otra que su propia voz, su sentida palabra. A través de multitud de conversaciones, lo más granado de su sentir más íntimo me ha servido de incomparable archivo vital, a la par que de recurso formativo, al que he preferido recurrir, siempre que ha sido posible, trasladando directamente sus palabras de manera entrecomillada. Imposible superar con expresiones

ajenas sus convicciones más íntimas, aquellas que habitualmente compartió con precisas y meditadas locuciones propias.

El esfuerzo previo realizado por mí mismo hasta 2001 dio como fruto la publicación de dos ediciones de un libro anterior —*Antón García Abril. Sonidos en libertad*—<sup>2</sup> cuyos contenidos he considerado imprescindible retomar, revisar, ampliar, actualizar... en suma enriquecer, de manera que la presente publicación fuese lo más completa posible, al tiempo que única hasta el momento, a fin de dar a conocer lo más granado de la vida y obra *garcíabrilianas*. Otra forma de actuar no habría llevado al lector sino a un conocimiento sesgado y necesario de complemento, lo que no habría sido respetuoso con el proyecto hace tan solo un par de años acordado con el hoy añorado maestro quien en numerosas ocasiones compartió conmigo sus anhelos al respecto.

Sus reflexiones, por breves que puedan llegar a ser, custodian por sí mismas la esencia de una manera única y enjundiosa de entender la música, el mundo de la creación... la vida, en suma. Por ello, a fin de dar cabida a una buena parte de ellas a modo de ilustración escrita que encabece cada capítulo, apartado o periodo de su ciclo vital, he optado por incluir muchas de ellas. Que sea directamente el propio lector, no solamente el que las conozca en estado puro, sino también el que las tome como propuesta para la reflexión más profunda y serena sin mayor impedimento que aquel que su entorno le pueda aportar. Todas ellas, de un valor incalculable pues son reflejo de una forma de pensar, pero más importante todavía de vivir, son una lección de vida que el maestro desde siempre dictó a quienes hasta él se acercaron. Es mi intención que aquellos que no le conocieron, que no experimentaron la enorme satisfacción de escucharle hablar, así como que los que en el futuro caerán rendidos ante su obra, descubran en sus propias palabras qué le llevó, durante muchas décadas, a vivir y a crear tal y como lo hizo.

Hace tan solo tres años, en una conversación telefónica mantenida con él en el día de su cumpleaños, el maestro me animó a que me pusiera manos a la obra a fin de actualizar mis trabajos anteriores. Él ya me lo había planteado previamente en varias ocasiones pero algo me hizo que en ese momento decidiese coger el toro por los cuernos y lanzarme al ruedo para, más pronto que tarde, cumplir la promesa hecha a Antón en orden a, tras reflexionar al respecto, ponerme manos a la tarea. Sabedor de que cada conversación mantenida con él a partir de ese momento no sería sino una nueva lección de vida que yo recibiría, me apetecía, además, regalarle eso que tanto él deseaba.

---

2 Cabañas Alamán, F. J. Antón García Abril. Sonidos en libertad. Madrid, ICCMU, 2001.

Los hechos acontecidos, especialmente la brutal pandemia y los sucesivos estados de alarma decretados y por todos lamentablemente sufridos, ralentizaron las labores que, sin embargo y tristemente, se aceleraron con motivo de la inesperada y menos aún deseada desaparición del maestro. Tristemente él ya no podrá disfrutar del fruto de la tarea realizada durante este tiempo pero sin embargo no es difícil intuir que, conociendo su manera de pensar, hoy se sentiría tremendamente satisfecho sabiendo que el beneficio de la empresa emprendida en los últimos tiempos permitirá un mayor acercamiento del público en general a su obra musical, a la renta de tantos y tan lúcidos resultados como su genio y tesón produjeron, ya para siempre, para el público ávido de vivencias musicales.

He de confesar que el hecho de que ciudades como Teruel o Valencia, personas como Ángel Mingote, Manuel Palau o María Teresa Oller, o escenarios tan singulares como el viejo caserón de la valenciana Plaza de San Esteban estuviesen regularmente presentes en nuestras conversaciones, así como muchas décadas antes lo estuvieron en las mantenidas con mi tío Restituto Navarro<sup>3</sup> y en mi propia vida, me empujaron, más aún si cabe, a que todo aquello saliese a la luz como homenaje a Antón García Abril y, por qué no indicarlo, también a una manera peculiar de vivir la formación musical, propia de verdaderos enamorados de la música de muchas décadas atrás, cuando esta no estaba al alcance de una parte de los, curiosamente, más dotados, debiendo hacer verdaderos malabarismos para conseguirla y sobrevivir en un mundo apasionante pero que a la vez requería enormes sacrificios.

Antón, de quien es imposible llegar a dudar ni siquiera una décima de segundo sobre su pasión por el mundo mágico de los sonidos, siempre se sintió, sin embargo, subyugado por el silencio. Esa sensación siempre le permitió escucharse a sí mismo, profundizar en la paz, indagar en la esencia del sentir humano, vivir la música de manera íntima y personal. La ausencia de sonido no fue para él sinónimo de ausencia sonora sino puente que le trasladó desde siempre a parajes donde, en cualquier momento, lugar o circunstancia, recrear ambientes, imaginar sensaciones, sentir vivencias en las que todos los sentidos se uniesen en aras de sus sueños artísticos, vivir en paz. El silencio, enlazado a la imaginación, la inspiración, la capacidad, el recuerdo, la nostalgia, los sueños, la inteligencia, la vida y la paz, se convierte en la mágica llave que permite sentir, en toda su plenitud y sin perder una pizca de esencia, aquello que se vivió, se experimenta o se desea acometer.

---

3 Restituto Navarro Gonzalo (1912-1975), nacido en Gea de Albarracín (Teruel), se formó en el conservatorio de Valencia, habiendo sido discípulo de Ángel Mingote y de Manuel Palau, al tiempo que compañero de estudios de María Teresa Oller, hechos estos coincidentes curiosamente con situaciones análogas vividas por Antón García Abril. Fue organista de la catedral de Segorbe (Castellón) y maestro de capilla de la catedral de Cuenca.

El silencio fue compañero de fatigas y de éxitos del maestro. Se convirtió en la plataforma a partir de la cual dio a luz a un rico catálogo compositivo, enraizado tenazmente en su vida, que ayer, hoy y ya por siempre será patrimonio de quienes saben buscar en la música esa sensación, ya no solo sonora sino más bien ambiental o aromática, capaz de trasladar a mentes sensuales hasta parámetros imposibles de describir pero, sin embargo, fácilmente alcanzables por quienes tienen a la sensibilidad artística como aliado de vida.

Vivir la música, sentir la música, ser música... Antón García Abril... El maestro.



Antón García Abril con Picky Puck  
9 de septiembre de 2019  
(Fotografía de Fernando J. Cabañas)

*Ars longa, vita brevis* ('el arte es largo; la vida, breve')

Edición de Daniel Martín Sáez